

za, con ellos mismos... Elena empezó a descubrir un mundo maravilloso en los alrededores de la ciudad, de riachuelos serpenteantes, de prados verdes salpicados de florecillas, de olores embriagantes, de rocas graníticas de bello encantamiento, puestas de sol hermosas y fascinantes. El automóvil era sorprendente. Admiraba estar en un momento en tal sitio y pocos minutos después en otro, sin esfuerzo, de un modo mágico como en una alfombra encantada de los cuentos de su infancia.

Después al principio del verano ocurrió aquello. Habían pasado la tarde bañándose en una charca a pocos kilómetros de la ciudad, una jornada deliciosa, regresaban atravesando una finca para acortar distancias y alcanzar al coche que habían aparcado junto a la carretera. A mitad del camino Juan Carlos se sintió repentinamente cansado. Tu vieron que detenerse. Allí se estaba bien, el aire traía suave brisa del agua cercana y todo a su alrededor parecía encantado. Resaltaban las siluetas de las encinas corpulentas y sus hojas refulgían plateadas por el sol mortecino que se hundía por el horizonte. El ocaso era la más bella acuarela imaginada. Amarillos metálicos, rojos enfebrecidos y más tarde los malvas desvaídos, los verdes suaves, los azules, pequeños cúmulos de bordes irisados resplandecían tornasolados. Y los olores... olía la tierra, las mieses calcinadas por el sol estival, la fuerte mejorana... el brezo... las jaras, todo...

Se acababa la tarde... Juan Carlos comenzó a acariciarla, torpe, avasalladoramente, Elena pudo por fin, desprenderse de él y huir, sin saber hacia donde, llorosa, asustada, seguida de Juan Carlos trabajosamente que la maldecía... Se callaron los grillos, y las ranas interrumpieron su monocorde croar. Sólo se oían sus pisadas restallar en la maleza seca y el jadear penoso de sus respiraciones. El regreso fue triste, embarazoso. Callados, absortos en sus pensamientos, defraudados los dos.

* * *

Elena le estuvo esperando muchos días. Estaba dispuesta a perdonarle, los hombres son como són y a las mujeres sólo les quedaba el recurso de ser condescendientes. Pero Juan Carlos nunca volvió. Elena empezó a comprender que todo aquello había sido un intento de doble engaño, que los hombres hablan por hablar y que ella que quería cazar una situación estuvo a punto de ser cazada. Pero un fracaso no debe arredrar a nadie y empezó a formar sus planes para el próximo intento.

Había que seguir luchando hasta conseguir la total victoria.

Versos de ayer

PEDRO ROMERO MENDOZA



za, con ellos mismos... Elena empezó a descubrir un mundo maravilloso en los alrededores de la ciudad, de riachuelos serpenteantes, de prados verdes salpicados de florecillas, de olores embriagantes, de rocas grandificas de bello encantamiento, puestas de sol hermosas y fascinantes. El automóvil era sorprendente. Admiraba estar en un momento en tal sitio y pocos minutos después en otro, sin esfuerzo, de un modo mágico como en una afarobra encantada de los cuentos de su infancia.

Después al principio del verano ocurrió aquello. Habían pasado la tarde bebiéndose en una charca a pocos kilómetros de la ciudad, una jornada deliciosa, regresaban atravesando una finca para acortar distancias y al estar en el coche que Juan Carlos se sintió repentinamente cansado. Tuvo una sensación de pesadez. Allí se sentó en la silla del conductor y se quedó dormido. Habían pasado las horas y él seguía allí, inmóvil, con los ojos cerrados y la boca entreabierta. Los pasajeros se asustaron y empezaron a tocarlo. Él no despertó. Los pasajeros se asustaron y empezaron a tocarlo. Él no despertó.

I CUANDO LA MUERTE LLEGÓ.

II EL OTRO INSTANTE.

III LA TRAVESÍA.

IV NADA.

V LA SOMBRA.

VI CLARA.

VII OCTOSÍLABOS.

VIII HE SOÑADO...

PEDRO ROMERO MENDOZA

Elena lo estaba esperando muchos días. Pero él no llegó. Ella se desesperó y empezó a buscarlo por todos los alrededores. Pero Juan Carlos nunca volvió. Elena empezó a sentirse triste y a pensar en lo que había pasado. Ella quería encontrar a Juan Carlos y lo intentó. Pero él no estaba allí. Ella se desesperó y empezó a buscarlo por todos los alrededores. Pero Juan Carlos nunca volvió. Elena empezó a sentirse triste y a pensar en lo que había pasado. Ella quería encontrar a Juan Carlos y lo intentó. Pero él no estaba allí.

Había que seguir luchando hasta conseguir la total victoria.



I

CUANDO LA MUERTE LLEGÓ

¡Qué larga y dura agonía!
Cuando la muerte llegó
de qué inefable sosiego
la blanca faz se llenó.

Miré sus ojos cerrados
y sentí una pena atroz;
después la besé en la frente
y al alma le dije: ¡Adiós!

Quise exclamar: ¡Madre mía!
pero me faltó la voz,
y en lo más hondo del pecho
qué congoja y qué escozor.

Por la ventana entreabierta
un rayo de luz entró,
y alguien muy quedo me dijo
que era un mensaje de Dios.

Torné a mirarla y no pude
seguir en la habitación.
Nunca he sentido por dentro
tanta angustia y tal dolor.

¡Ay, que tristeza más grande
se metió en mi corazón!

II

EL OTRO INSTANTE

Cada instante que pasa en este infierno
qué largo me parece.

No existe aquí pasado, ni futuro:

todo es presente.

La vida tiene zarpa de leopardo
hoy, y mañana, y siempre.

¡Oh tremenda verdad
cómo me dueles!

Mas llegará otro instante,
cuando menos se piense,

otro instante fugaz y rectilíneo:
el de la muerte,

en que todo concluya

irremediablemente.

Hay verdades muy tristes

que nos dejan inertes,

sin latir de la sangre

y la nada en la mente;

relámpagos que brillan y nos ciegan
e imprimen en el alma la idea de la muerte,
de esa idea tan casta
y tan solemne,

que todos los mortales
han de tener presente.

No olvidemos jamás
en las horas alegres:

los que conocen

el mundo saturnal de los deleites

o en las horas amargas

en que el dolor nos hiere

si a nuestro ser se enroscan

del infortunio sádico las sierpes,

esta verdad desnuda

como espada de luz resplandeciente,

como grito de fe

rodando por el éter:

¡Morir

es tornar a vivir definitivamente!

III

LA TRAVESIA

Tengo un barquito de vela
donde embarcarnos los dos,
tu pensamiento y el mío
tributarios del amor.

Fuera se queda la carne,
pero el espíritu no;
la carne fuera se queda
sin tristeza ni dolor,

que la materia es servil
y los sentidos pregón
de lo vulgar y finito,
tan lejos siempre de Dios.

—Rema conmigo, mi vida.

¿Te cansas?... Remaré yo.

¡Qué transparente está el agua!

¡Qué radiante brilla el sol!

La mar en torno se riza;
la brisa se hizo rumor,
entre las jarcias murmura
su tierna y dulce canción,

y en el mástil de las velas
la gaviota se posó.
¡Ay, nuestras almas se funden —
de la luz en su fulgor!

Vamos camino de un día
eterno, su evocación
aviva en nuestros espíritus
ansias de un mundo mejor,
sin torpes concupiscencias
que enturbien con su pasión
la albura de nuestro ser
sediento de Aquel Amor

que es sólo luz hecha llama,
regalo del corazón,
fuente de gracia, ternura,
suspiro, ambrosía y flor.

La noche viene en corceles
de luceros. Sirio, Orión
galopan por los caminos
abiertos a nuestro ardor...

¡Fuego en que tú te consumes,
en que me consumo yo!
Oscura noche del alma,
sin más luz que el resplandor

de las estrellas del cielo,
que de Venus van en pos.
—Duerme en mis brazos, bien mío;
el viento sopla a favor,

y así cuando te despiertes
estaremos junto a Dios.
Nuestra barquilla, paloma,
del agua al aire pasó.

Las nubes son arrecifes
en este mar del Señor;
oigo el lenguaje sonoro
de las esferas, su son

grave, profundo, patético
que es alegría y dulzor
del alma en su áurea ruta...
¡Despierta, vida, ilusión!

Está despuntando el día;
ya se percibe el claror
del orto, nuncio seguro
de que la Gloria llegó.

Todo es luz en torno nuestro;
mar de luz en derredor.
¡Oh, travesía infinita,
qué larga nos pareció!

IV

A N A D A

Dejadme que teja un sueño
en el telar de las almas,
con la luz de las estrellas,
el viento, la nieve, el alba,
los murmullos misteriosos
de los bosques, la chicharra,
con su estridente chirrido,
el aljófara de la escarcha,
los almiarres y los chopos
o el dulce rumor del agua.
Con tus ojos hechizados
que si me miras, hablan
y los cabellos de seda
y los lirios de tu cara.
Un sueño sin precedente,
hecho con oro y con plata
fundidos en el crisol
ideal de la esperanza.
Sueño de amor y de vida,
encendido como un ascua
que en mi corazón se mete
y sin piedad me lo abrasa.
Sueño de luz y de aire,
ardiente como la llama,
brevísimo como el relámpago...
¡ay!... un poco de humo: nada.

V

LA SOMBRA

Cuando avanza la sombra en el tejado
 ¡qué tristeza me da!
 También del corazón la luz se ausenta
 pero no vuelve más.
 Son del orto al ocaso nuestras vidas
 constante declinar,
 y del dolor la sombra inseparable
 es el signo fatal.
 ¡Busquemos en la luz del mediodía
 nuestra felicidad
 y huyamos de la sombra temerosa
 que avanza sin cesar!
 (Y un Aristarco que el poema oía
 argumentó vivaz:
 —Por mucho que corramos ¡triste sino!
 la muerte corre más.)

VI

CLARA

Tienes los ojos claros,
 Clara te llamas.
 ¡Ay, que bien si tuvieras
 igual el alma!
 Pero te miro, niña,
 y algo me espanta
 en el trasfondo oscuro
 de tu mirada.
 Dime que son visiones,
 que eres el alba,
 que con armiño y rosas
 estás formada,
 y verás cómo beso
 por donde pasas
 y en el pavés te subo
 de la alabanza.
 ¿Por qué veré esas sombras
 en tu mirada?
 ¡Tienes los ojos claros,
 Clara te llamas!
 Abreme, pues, la puerta
 de tus entrañas,

que con presura espante
tales fantasmas.

¡Ay, que por ti me muero
y es una lástima

morirse tan temprano
con estas ansias!

La honda luz de tus ojos
me sobresalta,

y la miel y la nieve
que hay en tu cara,

y los labios finísimos:
dos pinceladas,

y el delicioso hoyuelo
de tu garganta.

Todos estos hechizos
rompen la casta

virginidad de afectos
que hay en mi alma.

¡Como el canto lanzado
quiebra las aguas

y la fugaz estrella
el azul rasga

con la lumbré brillante
en que se abrasa!

Pero miro tus ojos

y todo acaba.

¿Por qué veré esas sombras

en tu mirada?

Tienes los ojos claros,

Clara te llamas.

Me gustan tus cabellos

si los desatas

y cual oro fundido

cubren tu espalda,

y esos dos lindos versos

que son tus plantas,

del poema que tejen

todas tus gracias:

el pelo, la cintura,

los pies, la cara,

con el par de palomas

tibias y blancas

que tienen dulce nido

bajo las gasas.

Pero miro tus ojos

y todo acaba.

¿Por qué veré esas sombras

en tu mirada?

Tienes los ojos claros,

Clara te llamas.

VII

OCTOSILABOS

Entre la vida y la muerte
es de ésta la ventaja,
pues si la vida es hermosa
la muerte es mucho más guapa.

¡Qué torcedor no tendría
metido dentro del alma!

VIII

HE SOÑADO...

He soñado que tú sólo vivías
del aire y de la luz en que te envuelves.
¡Qué sueño más extraño!, me decías,
y me mirabas con tus ojos verdes.
Y es que un sueño mi vida siempre ha sido,
un sueño que comienza y nunca acaba;
un ver o un desear lo que no tienes
¡oh dulce sueño mío!
que no acerté a decir con las palabras.



Voces y expresiones viciosas

Dejar y quedar.

La incorrección que voy a comentar ahora tiene un ámbito limitado dentro del área nacional: Extremadura, que es la región donde, entre otras, hablantes y escritores indoctos, pues los literatos no suelen incurrir en tal torpeza, dicen *quedar*, por *dejar*.

Hay quien se queda el sombrero en casa, o la llave, o la cartera. Bastará, consiguientemente, sustituir *quedar* por *dejar*: «me dejé el sombrero en casa», para que nuestra expresión sea irrepachable, si no el hecho de dejarnos en casa el sombrero, olvido que revela una falta de atención,

Dejar y *quedar* son dos verbos de distinta naturaleza. El primero, de *delejar*, transitivo, porque la acción que denota «recae o puede recaer en la persona o cosa que es término o complemento de la oración», y el segundo, del latín *quietâre*, intransitivo, porque su acción «no pasa de una persona o cosa a otra» y ambos pueden adoptar, como es sabido, forma reflexiva y servir de auxiliares.

Para evitar la impropiedad léxica de que venimos tratando, cuidaremos de emplear el primer verbo indicado, siempre que su adopción no repugne manifiestamente a las leyes del lenguaje. «Me dejé el armario abierto», «nos dejaron a la luna de Valencia», «te dejaré sin salir a la calle si te portas mal», etc.

En ninguna de las frases que vamos a transcribir ahora, cabría sustituir *quedar* por *dejar*.

«Porque los unos fueron a servidumbre miserable, y los otros quedaron en miedo y desamparo, como en el libro de Hieremías se lee». Fray Luis de León: *Los nombres de cristo* (Barcelona, 1885), pág. 21.

«Con todos los triunfos del César aun le quedó en España bastante que hacer a Augusto». Feijóo: *Teatro crítico universal* (Madrid, 1924), tomo II, pág. 148.